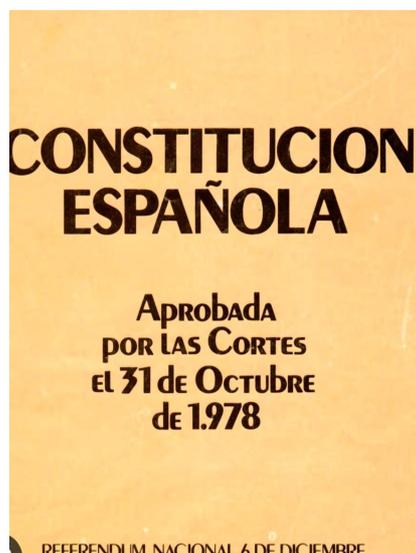


MI MEDIO AMBIENTE, JURÍDICO

Francisco Ruiz Martínez



Ya hace mucho tiempo que empecé a conocer aquel medio, entrar en uno de los bosques de los que jamás he salido. Veníamos de otro arbolado, que había sido arrasado hábilmente por el dictador para conseguir sus intereses. Sí, el dictador que anduvo por aquí casi cuarenta años. Las leyes se adaptaron a su maquiavélica manera de entender este país. Sus ciudades y sus calles, y sus gentes se construían de manera hábil para que el control sobre cada rincón fuera total. Lo consiguió y

murió en una cama por causas de las que llamamos naturales, ya muy mayor. Pero ese período terminó un buen día y todo el que estaba cerca de los lugares en los que se manejaba el poder, todos, unos más convencidos que otros, pero fueron todos, decidieron que era el momento de crear un ambiente jurídico favorable para la convivencia de todos. Igualdad de todos ante la Ley. Discusiones, huelgas, manifestaciones de todo tipo, intentos de exterminar de raíz los diálogos..., hubo, pero la mayoría de la población estaba con el intento de conseguir ese marco jurídico “democrático” idóneo para lograr la paz social que este país necesitaba después de tantos años de sequía.

Yo era muy joven cuando el dictador murió, y me tocó vivir aquellos años posteriores, llenos de angustia, desasosiego, telediarios llenos de muertes violentas..., pero también de días muy esperanzadores. Venía de un lugar y una familia muy distantes de ese “medio ambiente jurídico” que los políticos de entonces querían construir y que nuestro país necesitaba para empezar a deambular por el lugar democrático al que también tenía derecho. Las circunstancias del momento me llevaron a empezar a estudiar Derecho. La Constitución de 1978 se había aprobado unos meses atrás. Todo eran parabienes para esa norma de normas. Me enseñaron a estudiarla, a quererla, a compararla con otras y que saliera victoriosa. Habían pasado muchos años desde el intento de tener una constitución en España. La última, la de 1931. Pero duró poco. Ahora sí era el momento, el idóneo. Nada quedaba al azar de un dirigente político futuro que quisiera torpedear de nuevo la convivencia entre los españoles, porque la nueva norma fundamental creaba la protección suficiente para que no sucediera. Las

facultades de Derecho se llenaron de especialistas en la nueva norma, en el desarrollo que se iba haciendo de cada precepto, de los órganos judiciales que garantizarían que todo fuera por el buen camino. Los llamados padres constituyentes, asesorados por hombres estudiosos de lo que entonces se calificaba como “distintas sensibilidades políticas”, alguno de ellos fue profesor mío de la facultad, habían elaborado una norma en la que cabían todos. Eran grandes en lo suyo y nada hacían que fuera a perjudicar nuestra convivencia. Estaba muy claro cuáles eran nuestros derechos, y cómo protegerlos.



Recuerdo la asignatura de Derecho Constitucional y el profesor, ya a punto de jubilarse, que la impartía, en una aula que, nos decía, había estado como alumno unas décadas atrás Federico García Lorca. Fue una materia atractiva para estudiar. Por fin teníamos en este país una Constitución digna de ser imitada. Y así se hizo los años posteriores. Era un fuerte que nadie asaltaría, y nos defendería ante arbitrariedades. Ah, por cierto, se recogía en esa norma también cómo reformarla, por lo que no había peligro de ser un bloque de mármol inalterable.

Para comprender aquella constitución, leíamos libros sobre ella, asistíamos a conferencias de eruditos, hacíamos cursos monotemáticos, etc., y así ha sido durante estas décadas de existencia. Me la he creído siempre y la he aplicado durante toda mi vida laboral. Su espíritu, sus fines, los he llevado a mi vida familiar, a mi cotidianidad. Ha sido el respaldo más firme en momentos difíciles. Qué vamos a hacer, he tenido esa formación y así la he sentido.

Desde 2023, hace poco tiempo, se prohíbe, por ejemplo en los espectáculos de los circos, el uso de animales salvajes. Se busca protegerlos del maltrato y garantizar su bienestar.

Ruego fervientemente ahora la protección ante la prestidigitación de nuestra llamada clase dirigente. Asistimos a trucos viejos, muy malos, en los que magos de la política creen estar haciendo juegos de manos con destreza para dejar caos nuestra Constitución y no nos demos cuenta. Sí, nos damos, y es un puñetazo en el estómago a nosotros. Uno y otro, y otro. Al mago se le ven los movimientos, y de la chistera sale un cocodrilo que se ha comido al conejo blanco. La democracia no muere, pero estos tiempos la llevamos con bastante frecuencia a la UCI.

Estemos atentos: los aplausos nos pueden despistar del escenario.

Creí en la luna,
en la vereda azulada que iluminaba.

Con ella, mis pasos seguros
y mi sombra sin rebeldía.

En medio de la floresta sin intérpretes,

se ha ocultado, no la veo,
y debiera estar ahí.

Pasa el tiempo, no sé cuánto,
pero sigo sin noticias.

¿Hay peligro?

Poesía épica refleja el suceso.

Mi libertad, la tuya,
tiene que refugiarse tras el foso.

Hay víveres para pocos días.

Francisco Ruiz Martínez